

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al
«trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al «trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2026

© Pranas Chile Ediciones, 2026

Todos los derechos reservados.

Más allá de decir de nuevo hola:
cuando el duelo es plural y
contradictorio

Los duelos son la más profunda conexión con lo que hay, con la vida... Son la transformación de lo que queda, el nacimiento de un nuevo sentido, el gran contraste que hace que todo se sienta y, de hecho, (re)exista.
(ÍLG)

Este apartado no reduce el duelo a continuidad del vínculo ni a una metáfora terapéutica única. Trabaja el duelo como una práctica plural, contradictoria y situada, donde el doler puede reclamar rituales, memoria, justicia, descanso, homenaje, protesta y nuevas formas de relación con quienes han muerto o con aquello que la pérdida transformó sin cancelar del todo.

MARTA: ¿Vob tenís hijos?

EMILIO: Tenía.

MARTA: ¿Murieron?

EMILIO: Sí, de muerte entera.

MARTA: ¿Cómo es eso?

EMILIO: Me olvidaron.

MARTA: ¿Y vob?

EMILIO: ¿Yo qué?

MARTA: ¿Los olvidaste también?

Hechos consumados, Juan Radrigán.

No puede morir lo que no estuvo vivo. Me parece que tratar de interpretar la muerte implica primero hacerlo con la vida. El concepto mismo de la muerte es político tanto como refiere directamente al valor por la vida. Matamos una araña o un zancudo porque nos molestan y comemos carne de animales torturados, pero a nuestro perrito o gatito no los toque nadie. Sin embargo, el abandono o la explotación de perros también ocurre. Un gran porcentaje de este mundo llora por Palestina, mientras otro inmenso justifica y hasta celebra el genocidio. Un tirano como Hitler lloraba la muerte de su madre y los pinochetistas anhelan el regreso del dictador a la vida.

La muerte es clasista, racista, homofóbica, transodiante, xenófoba, misógina, supremacista.

Los conservadores se atribuyen el valor de la vida, rechazan y prohíben el aborto, pero no les importa la vida de la mujer embarazada ni de sus circunstancias. Tampoco les importa la vida de ese bebé una vez nacido, ni su destino. No les importa la vida, les mueve la pulsión de control, que curiosamente requiere de ciertas muertes para llevarse a cabo. La muerte digna también es un problema, porque imponen vivir la vida en las condiciones que sean y se oponen a la eutanasia, el suicidio asistido o similares. Pero cuando les toca a ellos, abortan de manera clandestina en clínicas caras y pueden decidir morir en paz si así lo desean.

No es la muerte. Es la vida la que estaría en juego. Y los duelos, los dolores por esas muertes, aquellos que no cuentan con un marco hegemónico que los sostenga y les permita narrar, de manera suave, amable y digna, sus historias de existencia, quedan relegados al olvido y a la marginación, fuera de cualquier proceso que le haga justicia a la vida que fue. Aunque el olvido nunca es del todo posible, porque siempre hay quienes, contra todo, se las ingenian para inventar rituales que posibiliten la queja, la denuncia y la protesta. La mano de alguien que escribe para honrar a los parias. Los brazos que se abren para recibir, con presencia, la muerte abandonada. Lemebel escribiendo a las trabas de alitas rotas, asesinadas por odio. Los colectivos lésbicos, durante la epidemia de sida de los años ochenta, donando sangre y honrando la dignidad de los llamados «maricas sidosos». Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, en sus vigili­as públicas, construyendo memoria, reclamando justicia y haciendo presentes a los desaparecidos.

La existencia o ausencia de rituales sociales para ciertos dolores no sería un accidente cultural. Sería organización política. La cultura decide, antes de que cada quien llegue, qué dolores son ritualizables y cuáles son borrables, qué expresiones se autorizan y cuáles quedan fuera del marco.

Frente a las muertes y sus ausencias, los duelos serían una poderosa expresión de presencia. En la terapia narrativa de la dignidad nos preguntamos cómo honrar su complejidad, pues asumimos que las expresiones asociadas al duelo son el testimonio de lo que a menudo se vive como una experiencia

contradictoria, a veces muy intensa en la emoción, en ocasiones confusa, otras vivida como paralizante y muy a menudo repleta de discursos dominantes de cómo debiera estar siendo experimentada. Esto, lejos de ayudar, suma un problema más. A veces el gran problema no es de hecho la experiencia del duelo, sino vivirlo en medio de esa miríada de discursos normalizadores.

La sociedad se organiza, en gran medida, en función de cómo se estructuran las respuestas a las expresiones de doler. Los discursos moldean nuestras formas de responder, y esas formas, al repetirse, van performando lo que se vuelve aceptable, legítimo, normal y sano. Aprendemos qué debe doler y qué no, con qué intensidad, durante cuánto tiempo, en qué formas. Esa pedagogía hace algo más que orientar. Distribuye un binario que separa a quienes dolemos dentro de la norma del doler permitido y a quienes dolemos por fuera, que pasamos a ser leídas y leídos como hipersensibles, atascadas, complicadas o patológicas.

Por eso el doler sería un logro colectivo y no un problema individual. En el ámbito del trauma, el doler suele ser expresión de queja, denuncia y protesta. La palabra trauma, en cambio, suele ocultar esas respuestas, y oculta también los abusos, las negligencias, las invisibilizaciones, las precarizaciones y las marginaciones a las que esas respuestas están respondiendo. En el ámbito del duelo por pérdida, el doler también puede ser denuncia y protesta. Las historias que vienen en este bloque dan cuenta de eso, como el doler del hombre cuyo padre humilló durante décadas o el de la mujer cuya madre terminó en una fosa común por la negligencia de la propia familia. Pero el doler por pérdida también puede ser expresión de otras cosas. Reclamo de un vínculo que se rehúsa a soltar. Testimonio de un amor que no quiere ser olvidado. Intento de hacer lugar para una pérdida que la cultura no consideró llorable. Búsqueda de comunidad para algo que se vivió en privado. Por eso los rituales podrían ser muy diversos, respondiendo a aquello que está implícito en cada duelo particular.

22. El duelo no es una sola cosa

El duelo puede ser multihistoriado, y de ahí que sea complejo, contradictorio y situado en la experiencia política. Depende de la ubicación política de los cuerpos y las comunidades que lo experimentan, y del nivel de legitimidad que sus rituales y formas de expresión tengan dentro de la cultura dominante. Hay personas que viven su proceso con mucho espacio para expresarlo y para sostener prácticas rituales que les hacen sentido. Hay otras personas cuyas experiencias son marginadas hacia la vergüenza y el silencio, o quedan sometidas a la imposición de normas respecto de lo que «deberían» estar viviendo en su dolor. Esto está siempre mediado por las políticas de la experiencia, por las formas de pertenencia o expulsión, simbólica o material, que se producen según el color de piel, el género, la etnia, la nacionalidad y la edad. En simultáneo, se construyen formas de muertes que son llorables y otras que no. Butler lo formula en *Vida precaria*: si las muertes «tuvieran su obituario tendrían que haber sido vidas, vidas dignas de atención, vidas que valiera la pena preservar, vidas que merecieran reconocimiento» (Butler, 2006, p. 62). Las que no lo son calzan siempre con criterios normalizadores de la vida y con prácticas sociales e institucionales que promueven la muerte de ciertos cuerpos como mecanismo legitimado para la regulación de los pueblos, lo que se conoce como necropolítica, concepto que Mbembe define como «la soberanía que defino como el derecho de matar» (Mbembe, 2011, p. 21; traducción propia desde la edición castellana de Melusina), y que Preciado (2022), siguiendo a Foucault, extiende como necrobiopolítica, el actuar de las instituciones del Estado, el narco y los privados en contra de la gente.

No existe una sola forma de duelar. Cada duelo responde a las particularidades de la relación y a su contexto sociopolítico y relacional más amplio. Generalizar el duelo como proceso unívoco tiene un claro propósito. Universalizar lo que la experiencia de las personas debiera ser, establecerlo como lo

normal y marginar lo que no le calza, asignándole atributos de anormal, patológico o paria a todas las otras formas de expresión del doler por la pérdida.

Ejemplos de duelos silenciados serían aquellos por muertes asociadas a luchas políticas de subversión a dictaduras, desapariciones forzadas, muertes de mascotas, duelos por ecocidios, el doler de la persona que no forma parte oficial de lo que se constituyó como pareja o familia, muertes perinatales (aunque hay un sector conservador anti aborto que ha puesto valor en este para construir el criminal discurso de pro-vida), el duelo por abortos consentidos, duelos de quienes no saben si odiar o amar, duelos por suicidios, duelos del hijo que abusó de gente.

Lo que nombramos como muerte tampoco podría definirse como un fenómeno único y universal. Solo se puede nombrar la muerte luego de un proceso de discernimiento que las personas hacemos. No es una definición clara en absoluto. ¿Dónde está la muerte? ¿En el miedo anticipatorio de la tragedia? ¿En las lágrimas absorbidas por la almohada de la infancia? ¿En la partida física del ser amado? ¿En las constantes visitas que se viven como la última? ¿En la urgencia del abrazo y la mirada presente? ¿En el intento por recordar el tacto? ¿En la alegría de recordar con tranquilidad o incluso con alegría? ¿Está la muerte implícita todo el tiempo en la vida y viceversa? Y si así fuera, ¿qué diferencia la muerte continua de la que se aprecia como definitiva? ¿Qué parte de la vida es muerte? ¿Qué parte de la muerte es vida? No existe danza más inexorable e indivisible, y los intentos de binarizar la experiencia son parte de proyectos que transgreden la dignidad de las personas y las comunidades. Son prácticas que succionan la muerte de la vida y la vida de la muerte.

No existe una forma definitiva ni objetiva de establecer lo que muere ni cuánto muere lo que fue decretado muerto. Quizá podríamos interpretar esta suerte de conciencia de muerte como la capacidad de identificar el carácter de definitivo y sin vuelta de una relación en la forma que tenía, que tuvo o que recordamos que existió. Una conciencia de apariencia lúcida de que lo que era ya no volverá a ser así mismo nunca más. Y no me refiero a la etapa del duelo de la «aceptación», me refiero a la conciencia de finitud y a la claridad del

momento cuando se produce el cambio definitivo de la relación de los cuerpos en el espacio y el tiempo, en la memoria y en la subjetividad de la experiencia, ya sea con los cuerpos vivos, muertos o desaparecidos.

La clásica interpretación del duelo en etapas considera un primer momento como «la negación», un grito de «¡no!» que se asume como la persona no queriendo aceptar la muerte. Desde mi comprensión, ese «¡no!» es la expresión más poderosa de la aceptación de que algo cambió para siempre y quizá el último esfuerzo por intentar impactar, detener, revertir el proceso que se asume como irreversible. No sería negación, sería aceptación radical y expresión de pertenencia y potencia.

El contragolpe sobre el doler que insiste

Frente a un doler que insiste sin acceder a un marco de respuesta, la psiquiatría suele responder con un contragolpe, lo que en inglés llaman *backlash*, y lo nombra como duelo patológico, duelo complicado o duelo prolongado. La expresión que estaba testimoniando algo silenciado se convierte en evidencia de la enfermedad de quien expresa. Toda la sabiduría implícita queda fuera del relato. Las historias, los valores, los sueños, los anhelos, las denuncias y los reclamos contenidos en ese doler dejan de ser legibles.

Los discursos hegemónicos ejercen una presión paralela, cotidiana, que no necesita pasar por el consultorio para hacer su trabajo. «Ya es tiempo de dejarlo ir», «tienes que seguir adelante», «no es sano seguir así». Estas narrativas operan como tecnologías de control que patologizan la persistencia del vínculo y dejan disponible la culpa para quienes se resisten a «olvidar». Frente a esto, la pregunta es a quién beneficia el silenciamiento del doler, qué pasa cuando alguien se niega a seguir el guion social de la «superación».

La terapia como contexto que reconoce y habilita rituales

Una terapia que entienda el doler como logro colectivo podría hacer otra cosa. Podría volverse curiosa por qué mundo está creando ese doler que insiste, de qué sabiduría íntima es testimonio. Podría escuchar por fuera de los rituales

hegemónicos del duelo, asumiendo que doler es algo que las personas hacen y que están haciendo, que cuidan al hacerlo, aunque nadie lo nombre así. Desde esa escucha, podría contribuir a inventar, junto a quien consulta, una respuesta local donde la cultura, las instituciones, la familia o el propio entorno no la dieron. Esa respuesta suele tomar la forma de un ritual, entendido como invención política situada que hace sentido de la experiencia y que, para hacerlo, requiere de un contexto de pertenencia, de atestigüamiento, de honra y de celebración. Eso sería rendición de cuentas frente al doler. Cuando esa respuesta se inventa, las personas pueden seguir con su vida, con pena, con tristeza, con nostalgia, con memoria. Pero pueden seguir, porque el doler ya tuvo un lugar donde ser honrado. Y estos rituales también son formas locales de invención de justicia.

La terapia narrativa me ha permitido acompañar a personas de diferentes edades y contextos en sus experiencias de pérdida. Este acompañamiento ha estado guiado por un profundo respeto a la complejidad de la experiencia humana y un firme rechazo a las prácticas de estandarización y patologización del duelo. En Pranas entendemos las prácticas narrativas no como recetas o protocolos rígidos, sino como metodologías de investigación subversivas que valoran y potencian el saber local de las personas frente a los saberes universales que pretenden encasillar la vivencia del duelo.

La terapia, en esta lectura, puede operar de dos maneras distintas, aunque compatibles entre sí. Una, como espacio que ofrece marcos rituales cuando la persona no los tiene en otro lugar de su vida. Cuando la cultura, la familia, la comunidad no han dado un lugar para que el doler tenga forma ritual, la terapia puede convertirse en ese contexto. Dos, y esta es la operación más importante, como espacio que reconoce y honra los rituales que la persona ya está haciendo fuera de la terapia, muchas veces sin nombrarlos como rituales. La terapia narrativa de la dignidad no propone rituales nuevos como protocolo. Reconoce, acompaña, ayuda a enriquecer y a hacer visibles los que ya están en curso. Las personas son expertas en sus propias vidas, y el doler que las habita

ya está creando ritual aunque la cultura no lo nombre así. Nuestra tarea es atestiguar esa creación, no sustituirla.

La terapia misma podría entenderse como un rito de paso, en la lectura que han propuesto White y Epston. Una práctica que puede acompañar la fase liminal de la migración de identidad de quienes duelan. Reconocer esta dimensión importa porque mueve la pregunta de «cuándo se termina» a «qué se está haciendo mientras se duela». El doler deja de ser algo que pasa y que hay que tolerar, y aparece como práctica vital continua. Algo que se va haciendo, paso a paso, en la conversación, en el silencio, en la memoria activa, en la presencia que insiste.

*Hoy ando así
Tócame
Rózame
Y lloro
Esperando que los vivos que tanto amo nunca mueran
Y que quienes ya murieron vuelvan
Vuelvan cada vez que quieran
Vuelvan siempre
A mirar todos los colores
Oler todos los olores
Y sentirnos mucho
Como si nos estuviéramos despidiendo
O volviendo a ver después de mucho.
(ÍLG)*

Decir hola de nuevo y la extensión de la metáfora

*Aunque nunca te fuiste
Aunque la muerte nunca tuvo la fuerza de llevarte realmente
Me gustaría que volvieras
Quisiera pedirte que consideres regresar, por un rato aunque sea...
Y es que tengo unas cosas que quiero que escuches
Porque no tengo tan claro qué me responderías
Ni la cara que pondrías
Y creo que sería para mí, como siempre, inesperado
Y no puedo si no estás aquí.
(ÍLG)*

Para mí, el duelo no es un evento puntual ni un conjunto de etapas predefinidas que hay que «superar». Es una práctica vital y continua, un proceso de construcción de significado en el que la sensación de identidad, entendida siempre como un logro colectivo, se va reconstituyendo a través de pequeñas acciones cotidianas. Es en este entramado relacional donde cobró sentido, a mediados de los años 80, proponer una nueva metáfora. «Decir hola de nuevo» (White y Epston), en contraposición al dominante mandato de «decir adiós».

Esta metáfora encarna la posibilidad de reincorporar a la figura significativa que ya no está físicamente presente, pero que sigue existiendo, ejerciendo influencia y contribuyendo de formas poderosas en la vida de quien permanece. Reconocer esa contribución mutua y entender el dolor como testimonio del proceso de visitar las múltiples dimensiones de la relación es honrar la nueva experiencia relacional y participar en la forma que va tomando, que es posible por la agencia relacional y distribuida de las personas que quedaron.

La metáfora del decir hola de nuevo, junto con las conversaciones de re-membranza, los ritos de paso entendidos como estructura del cambio y el andamiaje como teoría y práctica del cambio, configura un aparato narrativo profundo y operante. Mi propuesta no contradice ese aparato. Lo extiende. La

metáfora original se orienta más a la continuidad amorosa del vínculo, a sostener los lazos de aprecio que sobreviven a la ausencia física. Pero hay relaciones que son más complejas. Relaciones que dejaron quejas pendientes, denuncias pendientes, protestas pendientes. Reclamos que el doler expresa y que la cultura no ha atendido. Cuando esas son las relaciones que un duelo trae, la metáfora del decir hola de nuevo se queda corta, no porque le faltara nada, sino porque su alcance estaba orientado a otra cosa. Mi propuesta extiende la metáfora hacia el terreno donde el doler también es queja, denuncia y protesta. Donde la terapia, como contexto ritual, no solo sostiene la continuidad del vínculo sino que honra, reconoce y enriquece los reclamos pendientes que el doler trae consigo.

El duelo puede entenderse como un rito de paso, como propuse en Dignidad por partes. Un proceso con un punto de partida, un espacio liminal y un arribo.

Esta lectura del trabajo terapéutico como rito de paso, que Michael White retoma de van Gennep y Turner, ofrece una estructura. White lo formula así: «suelo invocar la metáfora del rito de paso cuando me consultan personas que han decidido abordar hábitos de consumo de sustancias. Siguiendo a van Gennep (1960) y Turner (1969), esta metáfora suscita una línea narrativa que incluye tres fases del viaje» (White, 1997, capítulo 2; traducción propia). Tres fases. Separación de un estado conocido. Espacio liminal en el que la identidad anterior ya no opera y la nueva no ha llegado. Reincorporación en una nueva posición, reconocida por una comunidad de atestiguamiento.

El espacio liminal es ese lugar donde, sin haber vuelta atrás, todavía no se habita del todo la identidad nueva a la que se está migrando. Los rituales ofrecen, en ese tránsito, un marco simbólico y sagrado que contribuye a darle un proceso, un espacio, un puente a ese doler. Ofrecen también una temporalidad, un camino, una sensación de flujo, que permite ir integrando la experiencia a un continuo de vida y sentido. La sensación de identidad, entendida como un logro colectivo, va reconstituyéndose en ese tránsito a través de las

relaciones, los gestos, las conversaciones y las prácticas que sostienen la vida cotidiana.

- Por favor, solo un minuto de silencio, que no saben a quién estoy
velando en soledad.*
- Y bájense de los tacos, despójense de las corbatas, que a la muerte no
le importa la gala.*
- Déjame escucharte siempre. Como si tuviéramos la eternidad. Y
tómame una copa, en mi nombre.*
- Sígueme lo más despierta, que no te duerma el cansancio. Puede ser
siempre la última vez y por aquí parece seguro caminar.*
- ... *Para el espíritu no hay medicamentos. Cuida mi silencio, por favor.*
(ÍLG)

Los diferentes tipos de rituales

El doler que persiste pide ritual. Pero no cualquier ritual. Cada doler pide el suyo. No todos los rituales son la misma cosa, ni todo doler persistente pide la misma forma de respuesta, ni toda pérdida necesita el mismo gesto.

Algunos rituales tienen más que ver con despedirse. Otros con decir hola de nuevo, en la metáfora que White y Epston propusieron para subvertir el mandato hegemónico del «dejar ir». Otros con decir lo que nunca se dijo, sostener una conversación que la vida no permitió, devolver al doler la palabra que el silenciamiento le quitó. Otros con preservar un vínculo que se rehúsa a soltar y que reclama formas nuevas de continuidad. Otros con encontrar testigos, con sacar del registro privado lo que la cultura empujó al privado. Otros con inventar comunidad para algo que se vivió en soledad impuesta. Otros con hacer lugar a una pérdida que la cultura dominante no consideró llorable, ni digna de ritual público, ni siquiera nombrable. Y otros, probablemente, con cosas que no podemos anticipar antes de escuchar el doler particular de quien lo está habitando. Porque las personas son expertas en sus vidas y el doler es testimonio de esa expertiz. El ritual no se aplica desde una idea abstracta de lo que un duelo debiera necesitar. Se inventa desde la forma particular de ese doler.

*¿Cómo estar en el presente con tanta imposición de futuro?
 ¿Qué presente será ese del futuro sino más futuro impuesto?
 ¿Qué valor tiene un presente puesto siempre en ese futuro
 escurridizo e imposible?
 ¿Cuánto saben de presente aquellos que venden futuro infinito?
 ¿Dónde está el presente?
 ¿En el pasado revitalizado, en esas ganas de llorar?
 ¿Y qué sería si el futuro fuera el pasado y lo que vamos viviendo fuera
 un pequeño sueño imparable de tiempo?
 ¿Dónde vive la existencia?
 ¿Y qué saben las montañas y los árboles, los caracoles y el mar?
 ¡Porque algo saben!
 ¿Por qué no nos quieren contar?
 ¿O es que acaso nos lo cuentan todo el tiempo?
 (ÍLG)*

El doler como potencia creadora: interferir el tiempo hegemónico

El doler no es solo expresión de queja, denuncia o protesta. El doler es también potencia creadora. Las personas, frente a una pérdida que la cultura no ritualiza, crean ritual. Inventan tiempos, gestos, objetos, palabras, presencias. Esa invención es la forma concreta que toma la potencia creadora del doler cuando no encuentra marcos hegemónicos donde apoyarse.

Crear ritual es, entre otras cosas, interferir el tiempo hegemónico. El tiempo de la producción, el tiempo del rendimiento, el tiempo del seguir adelante, el tiempo de la página dada vuelta, el tiempo de los plazos que la cultura asigna al duelo. Frente a ese tiempo, los rituales del doler inventan otros tiempos. Tiempos en armonía con la importancia de las relaciones. Tiempos que se sostienen no porque la cultura los autorice sino porque las relaciones lo merecen. Un encendido de vela en silencio puede durar cinco minutos o cuarenta años. Una conversación con quien ya no está puede ocurrir cada noche durante una década. Una visita al cementerio puede ser anual o cotidiana. Esos tiempos no responden al calendario hegemónico. Responden a la

temporalidad propia del vínculo. Interferir el tiempo hegemónico es ya un acto creador. Inventar tiempos en armonía con la importancia de las relaciones es la forma concreta de esa creación.

Las pequeñas operaciones de continuidad como duelo siendo hecho

Por eso el ritual no se reduce a sus formas más visibles, como la carta de Juan Pablo a su madre o la conversación en el cementerio. Está también en las pequeñas expresiones cotidianas que pueden pasar desapercibidas porque no se nombran como ritual, y que en Dignidad por partes fui describiendo como prácticas íntimas del duelo. El vaso extra en la mesa. Ordenar la habitación como le gustaba. Consultarle en silencio antes de tomar una decisión importante. Agradecerle por los consejos que la memoria sigue regalando. Conservar un objeto que no sirve para nada y que se cuida con devoción. Negarse a olvidar pese a las presiones del entorno por dar vuelta la página. Estas no son acciones residuales del duelo, son el duelo siendo hecho. Pequeñas operaciones de continuidad que sostienen la sensación de identidad y honran lo que la pérdida no logró borrar.

Los rituales como invención política, colectiva e íntima

Muchos de los rituales de las muertes disidentes, o de aquellas que por no ser normativas pierden el derecho social a ser ritualizadas, son creaciones de movimientos sociales o de personas que se agrupan, con más o menos organización, para inventar prácticas que honren la memoria de sus muertos. Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo en sus vigiliias públicas son un ejemplo de invención política colectiva frente a la negación. Pero esos mismos gestos pueden tomar forma individual e íntima cuando es la única forma disponible. Una mujer encendiendo una vela en silencio. Un hombre llorando en privado por una pérdida que en público no podría nombrar. Un cuaderno donde se le sigue escribiendo a alguien que ya no está. La intimidad del ritual no es menos política. Es la misma operación a otra escala, hecha posible cuando la escala colectiva no estuvo disponible.

Las historias que vienen

En los capítulos siguientes aparecen algunas formas particulares de esa invención. Rituales que se hacen con objetos, con cartas, con tragos compartidos, con gestos privados que sostienen una presencia y honran lo que la cultura no nombró. En ninguna el ritual viene desde afuera. Surge de la sabiduría implícita en cada doler, escuchada con cuidado, acompañada con preguntas y elaborada con quien consulta como una respuesta local donde la cultura no la dio.

23. Doler como protesta y reclamo de justicia y dignidad

Los duelos de Juan Pablo

Juan Pablo tiene cincuenta y ocho años. Llegó a consulta un mes después de la muerte de su padre Mateo, quien falleció a los ochenta y ocho años. Buscando por internet, sospechaba de duelo patológico. Estuvo en el velorio, donde se sintió muy incómodo y culpable, sobre todo frente a tías, tíos y algunos primos lejanos. No tiene hermanos. No fue al funeral ni al entierro. Frente a esa ausencia, y al hecho de no haber visitado a su padre durante su enfermedad (los últimos diez meses de deterioro de su salud), una culpa y una angustia tan intensas que no pudo resistirlas lo llevaron a buscar ayuda terapéutica.

Juan Pablo llegó cargado de culpa. Me contó que no había podido ir al cementerio desde la muerte de su padre, que no había ido al funeral, y que sentía que había fallado como hijo. En los últimos años de vida de Mateo, Juan Pablo casi no lo visitó. En lugar de ir a verlo durante su enfermedad, lo llamaba por teléfono. En esos últimos ocho meses, en esos intercambios telefónicos, algo cambió. Su padre le respondía con frases poco comunes para Juan Pablo. «Hola hijo, qué bueno que me llamaste. ¿Cómo estás tú? No te preocupes por